

El Mono Azul

AÑO II

MADRID, JUEVES 7 DE OCTUBRE DE 1937

NÚM. 35

DEUTSCHE SCHRIFSTELLER MIT SPANIEN!

¡LOS ESCRITORES ALEMANES, CON ESPAÑA!

★ CONDENADO A MUERTE POR FRANCO



car. Pero tú, que nos sobreviviste, dirás al mundo toda la verdad sobre los escritores que hemos muerto por la libertad.

Te escribimos todavía. ¡Vale! Tres milicianos republicanos.

Esta hoja de papel fue el último mensaje de estos tres valientes milicianos, prisioneros de Franco. Supe más tarde que dos de ellos habían sido fusilados, y que la sentencia del tercero había sido conmutada.

No olvidaré jamás esta carta. La aprendí de memoria. Cada una de sus palabras está grabada en mi mente. Se ha hecho una parte de mi cuerpo, en el sentido más exacto de la palabra, ya que media hora después de haberla recibido mis guardianes vinieron a mi celda para interrogarme.

Se juró en mi celda de la cárcel de Sevilla que no olvidaría nunca a esos pobres y humildes, y he jurado también transmitir al mundo entero su último mensaje.

Estaba encarcelado durante tres meses. Ignoraba todos los esfuerzos que mis amigos hacían por mí. Cada vez que venían a buscarme a mi celda, creía que era para fusilarme. Por la noche, cuando me acostaba en mi cama de hierro, cubierta solamente por un jergón de paja, pensaba siempre que moriría al amanecer.

Pero volvamos a la historia del asalto de Málaga, donde me hicieron prisionero, y donde empieza la verdadera historia de mi detención.

Hacia mediados de enero, el segundo Cuerpo del Ejército Rebelde, al mando del general Queipo de Llano, reforzado por 50.000 italianos, dio comienzo a la ofensiva que había de ser tan fatal para Málaga.

El 25 de enero, las noticias eran ya alarmantes. Supimos que los rebeldes acababan de tomar Marbella, en la carretera de Gibraltar, y Alhama, en la de Granada, dos posiciones estratégicas muy importantes. A partir de ese momento, la caída de Málaga era inevitable.

El martes, 26 de enero, salí de Valencia para recoger noticias sobre el terreno. Viajaba en coche, en compañía de una periodista nortuega, una Gerda Gropp; de un periodista polaco, Mr. Winter, y de un chófer, que el Ministerio de

Estado había puesto a nuestra disposición.

En la noche del 27 partamos por Almería. Llegamos a Almería el 28. A partir de este momento, los acontecimientos habían de precipitarse.

Había asistido a la caída de Málaga. Las notas que había tomado—20 páginas escritas a máquina—me las quitaron al detenerme en Sevilla; pero en la cárcel tuve tiempo suficiente para meditar y reconstruir los acontecimientos a que había asistido: los detalles estaban aún presentes en mi memoria, y logré hacer salir de mi mente un largo artículo, escondido entre mi ropa.

No tengo interés alguno en desfigurar nada en estas notas, tomadas de la realidad viva y que revelan de una manera cierta, con frecuencia incoherente, pero fiel, el heroísmo de los que habían vivido en Málaga y que allí habían de morir. Publicaré, pues, mis notas tal como son, sin atenuar las críticas, y pocas amargas, que puedan contener.

He prometido, por la memoria de mis tres milicianos, decir la verdad, y he haré con el sentimiento del que cumple un deber. Almería, jueves 28 de enero. Ayer he ido a Murcia, muy deprimido por la conversación que he tenido con K. S. P. (un oficial de las Brigadas Internacionales). Me ha contado que durante la ofensiva de tanques italianos en el frente de Madrid, 42 voluntarios alemanes de la Brigada Internacional fueron muertos.

Diez de la mañana. —Vengo de ver a Campbell, el inglés en Almería. Hemos discutido mucho tiempo, de pie, algo al lado de la columna española, o sea, habría quizá olvidado de ofrecernos un asiento?...

Ha estado, a pesar de todo, muy amable. Dice que Málaga será una carnicería terrible; la ciudad es capaz de defenderse hasta que caiga el último hombre. Campbell me ha contado también que todos los consules extranjeros se han ido ya de Málaga por los bombardeos aéreos y marítimos. No obstante, algunos edificios británicos quedan aún en pie. Última esperanza de los extranjeros.

A mediodía salimos hacia Málaga. La carretera se hace cada vez menos transitable. A veces atravesamos verdaderos torrentes;

son las aguas que descienden de las sierras. Me gustaría saber cómo los camiones cargados con municiones y de soldados pueden pasar por aquí. Lo cierto es que no pasan casi; ya que esta carretera, la única que une ahora Málaga con la España republicana, está absolutamente desierta. ¿Estará Málaga abandonada ya? Es posible; pero no encontramos ni siquiera a los evacuados.

Motril, tres de la tarde. —Pecado de pescadores. Ni un alma que sepa dónde se encuentra el cuartel general.

Lo encontramos, por fin, instalado en una escuela del Ayuntamiento. Nos lanzamos a la busca de un comandante. Es un hombre joven, con aire agotado y que seguramente hace una semana que no se ha afeitado. Era empleado de Correos antes de la guerra. Es un socialista del tipo de Prieto.

Algunas horas después continuamos nuestro camino, a pesar del puente en ruinas, lo cual nos obliga a dar un gran rodeo de unos 15 kilómetros por el cauce de un río donde el agua llega hasta la rodilla. Afortunadamente tenemos un coche ligero que pasa por sitios donde un coche pesado quedaría embarrancado.

Llegamos a Málaga a la hora del crepúsculo. He aquí la primera impresión:

Su imagen es la de una ciudad que acaba de sufrir un terremoto. Oscuridad. Calles enteras cegadas por las ruinas. Filas de casas hundidas. La ciudad está desierta; tropezamos al andar con los cascotes de metralla. Una atmósfera cargada del polvo que sube de las

ruinas; el olor de la pólvora me sube a la nariz.

Los focos luminosos de nuestros faros iluminan las ruinas y los escombros. Comparada a esta ciudad, Madrid ofrece la imagen de una ciudad casi intacta. Algunos milicianos que no han perdido su buen humor, a pesar de su barba hirsuta, están sentados en el suelo, delante del Hotel Regina. Lo que comen es el único alimento que se puede encontrar en Málaga: pescado frío. Somos, claro está, los únicos huéspedes del establecimiento, y al llegar al camarero, nos cuenta que la casa de al lado ha sido destruida casi por completo por una bomba de 300 kilos. Ha habido solamente en esta casa 52 muertos.

Los otros camareros están sentados en el suelo y discuten sobre los bombardeos de la tarde; Bernardo se había escondido debajo de la mesa; Jesús, miraba por la

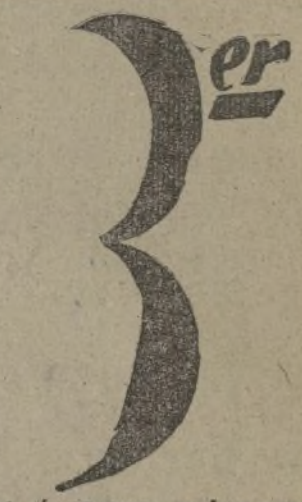
ventana, y Dolores, la cocinera, se sube a la azotea.

Me voy con mister Gropp a dar un paseo; pero la oscuridad es tan amenazadora, que volvemos sobre nuestros pasos al cabo de unos minutos, temblando y deprimido. El portero del hotel mira al cielo lleno de estrellas y dice con tono indiferente: "Un tiempo ideal para un raid." En el bombardeo de la víspera, su hija ha perdido las dos piernas. El quisiera saber si su novio se casará con ella, a pesar de todo.

Subo a mi cuarto lleno de pesimismo. Quisiera convencirme de que todo esto no es más que una ilusión. Acabo mis notas, escribo la última frase casi a pesar mío: "Journey's end". El viaje sin regreso.

El nuevo día iba a confirmar este oscuro presentimiento.

Arthur KOESTLER



Y ÚLTIMO NÚMERO
EL MONO AZUL
Dedicado a los
escritores alemanes

Las hordas del fascismo italiano están ya en las puertas de Málaga. La aviación fascista vuelca sus bombas sobre la ciudad mártir, mientras los antiaéreos leales procuran neutralizar su efecto. Málaga está a punto de caer. Por entonces llegó a la ciudad Arthur Koestler.

El periodista Arthur Koestler visitó Málaga antes de su caída, donde fue hecho prisionero por los fascistas. Publicamos los siguientes fragmentos de su diario:

"Veinte días después de mi detención recibí el primer mensaje del mundo exterior. Era una hoja de papel hecha una bola, que alguien había logrado tirar por entre las rejas del ventanuco de mi celda de la cárcel de Sevilla. Este pedazo de papel contenía unas líneas escritas con letra infantil y llena de faltas de ortografía.

Me aquí, palabra por palabra, lo que el mensaje decía:

"Hemos sabido que estás encarcelado y que eres amigo de la República Española. Estás condenado a muerte, pero no se atreverán a fusilarte. Ayer han fusilado a diecisiete de los nuestros en el cementerio. Da oliente que estamos en nuestra celda ya no quedamos más que coberta y tres. Nosotros también, querido camarada extranjero, estamos condenados a muerte y nos fusilarán seguramente esta noche o mañana al amanecer.

Durante el asalto a Romanillos

(PAGINAS DE MI DIARIO)

Casa Blanca ante Romanillos, 8 de julio, a las 4 de la tarde

Hacia las diez de la mañana me envía el jefe de la Brigada con el orden de comprobar si el batallón se ha desplazado hacia el flanco izquierdo y avanzado

Al buscar la posición del batallón me ha sucedido una aventura extraordinaria que he sucedido mis nervios mucho más que los peligros de los días y meses pasados. Seguí el mismo camino que había tomado antes, junto con el Estado Mayor, para conseguir las alturas. Este camino baja por la derecha del monte al río Guadarrama, bordeándolo hasta el vado. Entre los arbustos hay el mismo bullicio que en una verbera. Han llegado las ambulancias de algunas brigadas, escuchando los camiones, los coches de munición y cocinas ante el río. Grupos de soldados caminan por el agua, otros siguen todavía sentados; los tanques vuelven del combate. Algunos pontones están trabajando a toda velocidad para terminar un puente. Aun sin concluir el trabajo, los coches que tienen prisa empiezan a atravesar las tablas.

La 15 Brigada. Nos abrazamos, y después de un "good luck" y "shakehands" me voy corriendo. Por detrás del vado doy una vuelta a la izquierda. El campo, donde hubo una hora y media antes una lucha furiosa, está completamente desierto. Algunas armas, mochilas, pedruzcos de gas y cascotes de acero están esparcidos. Al cabo de diez minutos encuentro dos sanitarios, que llevan un herido. Me pregunto por el batallón. Me dicen que debo ir más a la izquierda. Corro cuanto puedo en medio de este calor. Está todo completamente desierto. No se ve nada. Muy de lejos se oye tirar. El terreno es accidentado, lleno de barrancos. Llego a una muralla alta y larga que me tapa la vista. Intento rodearla, encontrándome con una nueva barranca rodeada de un espeso matorral. Por allí corría un arroyal estrecho, que ahora se ve tan sólo un pobre charco. Pero el agua está clara y fresca. Lleno mi botella de nuevo, bebo y la vuelvo a llenar. Sudo como un condenado.

Ahora cruzan el cielo varios aviones, formando escuadrillas. Están durante mucho tiempo en el aire. Brillan al sol como de plata. Pero no bombardean. Seguramente no saben dónde está el enemigo ni el enemigo. De cuando en cuando se levantan los cuernos de entre los espesos matorrales. Es posible que haya aquí muertos fascistas. La primera vez me asusta. Luego ya no hace caso. Ni siquiera levanto los ojos, cuando en el bosque se movía algo violentamente a una distancia de 20 metros. Sería posible que fueran conejos, de los que hay aquí en abundancia. De pronto siento un tiro. Una bala de fusil silba unos centímetros por encima de mi cabeza. Me oculto, rápido, entre las zarzas. Otra vez vuelve a silbar y a estallar muy

cercano. Tiro de revolver y disparo dos veces en la dirección de las balas. Me meto más en las zarzas, desgraciadamente la piel y el uniforme. Espero, agitados mis pulso. Un susto mortal en las mismas matas, se han escondido los fascistas. ¿Cuántos? Tal vez uno solo; un moro herido, que un grupo mayor, vestido por nuestro avance. Sé únicamente que estoy aquí solo en un terreno difícil y desconocido.

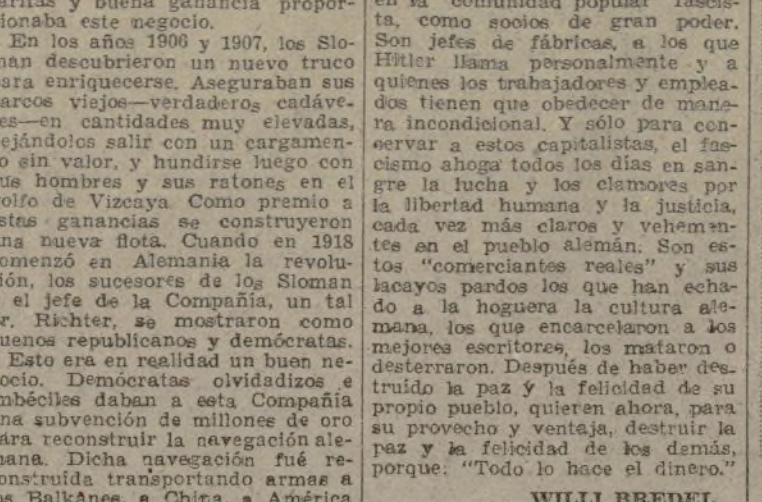
Si me alcanzan aquí una bala estoy perdido. Nadie me encontrará entre este tupido bosque. Voy a morir aquí, sólo, a dos kilómetros de donde luchan nuestros tropas! Me repugna la idea de morir aquí, degollado por unos moros, mientras mi batallón vence. Nunca he sentido una angustia tan espantosa como en estos momentos. Casi se me escapa el revolver de la mano. Siento un sudor frío por todo mi cuerpo. Aguantando la respiración para seguir cada ruido y cada movimiento a mi alrededor. Puede ser que entre estas matas, detrás de mí y a mi lado, se hallen todavía algunos. No me atrevo ni a moverme. Silban las balas a veces, pero no las cercan. Han perdido mi pista. Tengo todavía seis balas en el revólver. Algo se mueve ahora a una distancia de unos cinco metros. Reacciono. No pienso más que en defenderme como mejor pueda. Observo estas matas con mucha atención, el revolver listo para tirar. Ya nada se mueve. Ha sido sin duda un pájaro o un conejo. Tengo que salir de esta barranca, de este agujero de ratones. Voy un parpadeo próximo, salto, y corro zancando diez metros por el arroyo. Después de una curva, salgo de la zona de

El fascismo alemán

El fascismo alemán envía a los generales rebeldes de España, no sólo armas alemanas, sino también soldados. Estos, en parte por falta de voluntad o por deslealtad, en parte por la violencia, son embarcados y trasladados a buques alemanes a los puertos de los fascistas españoles. Entre muchas otras compañías navieras, está ante todo la de Slioman, en Hamburgo, que ahora, en la Alemania de hoy, se encarga de semejantes transportes. Yo, como mecánico, he navegado, hace diez años, por España e Italia en un barco de esta Compañía. Conozco su historia y sé muy bien cómo estos capitalistas—se llaman a sí mismos con orgullo "comerciantes reales"—adquirieron su riqueza real, efectiva.

Los Slioman eran los últimos navieros europeos que activaron el tráfico comercial de negro con América. Cuando entonces llegó a acabarse con el "marfil negro", se ocurrió un nuevo cargamento para los barcos de Slioman. Muchas chas blancas, robadas—muchas alemanas entre ellas—fueron transportadas a Buenos Aires. Buenas tarifas y buena ganancia proporcionaba este negocio.

En los años 1906 y 1907, los Slioman descubrieron un nuevo truco para enriquecerse. Aseguraban sus barcos vírgenes—verdaderos cadáveres—en cantidades muy elevadas, dejándolos salir con un cargamento sin valor, y hundirse luego con este hombre y sus ratones en el golfo de Vizcaya. Como premio a estas ganancias se construyeron una nueva flota. Cuando en 1918 comenzó Alemania la revolución, los sucesores de los Slioman y el jefe de la Compañía, un tal Sr. Richter, se mostraron como buenos republicanos y democratas. Esto era en realidad un buen negocio. Democratas olvidados e imbeciles daban a esta Compañía una subvención de millones de oro para reconstruir la navegación alemana. Dicha navegación fue reconstruida transportando armas a los Balcanes, a China, a América



Alfred Kantorowicz

LA RESPUESTA

Don las once de la noche. Madrid, como siempre, está envuelto en la oscuridad. Un silencio profundo se extiende sobre él. En los frentes cercanos no suena ningún tiro. La población duerme, o está trabajando para la guerra, para la victoria. ¿Una noche como las otras en la heroica ciudad sitiada?

No. A tres kilómetros de la Puerta del Sol ha llegado una orden disponiendo que esta noche no sea como las demás.

"¡Atención! ¡Apunten! ¡Fuego!", mandaba un oficial fascista. Y de las bocas de los cañones alemanes zumbaron las granadas alemanas sobre la ciudad durmiente. Durante más de dos horas estallaron los obuses de Krupp en las casas y calles de todos los barrios de Madrid. ¿Cuántos disparos!

El sueño de la ciudad había concluido. La oscuridad fue alumbrada por el resplandor penetrante de las explosiones. Del silencio profundo se pasó a una inquietud ruidosa. El sueño se cambiaba en un despertar forzoso. De la vida a la muerte.

La conocida campanilla de las ambulancias y la clara sirena de los bomberos se mezclaron con los gritos angustiados de las mujeres y los niños y con el retumbar roncoco de otros nuevos obuses.

Son la una de la noche. Madrid está, como siempre, envuelto en la oscuridad. Un silencio profundo se extiende sobre él. En los frentes cercanos no suena ningún tiro. Pero la población de la heroica ciudad sitiada ya no duerme.

En las cercanías de Madrid hay trincheras que sólo están a unas docenas de metros de la línea enemiga; otras, aún a menos distancia. Ocurre muchas veces, especialmente por la noche, que entre las tropas de uno y otro lado se cruzan algunas palabras, casi nunca amables.

En esta noche fueron nuestros camaradas los que empezaron. La mayor parte estaba ya durmiendo, cuando comenzó el trinar de los cañones. También el sueño de ellos se cambió en un despertar forzoso, porque muchos tenían parientes en la ciudad cercana.

En cuanto terminaron las dos

horas llenas de sangre y muerte, se gritaba en nuestras trincheras: "¿Por qué en Madrid bombardean vuestra artillería a nuestros niños y mujeres?"

Permanecieron callados unos instantes, hasta ver si los preguntados encontraban alguna respuesta. Con esta esperanza, el silencio se hizo más profundo; por primera vez se sentía el moverse las hojas de los olivos. Por fin, llegó la respuesta, clásica en su simplicidad: asombrosa por su estupidez: "Porque vosotros derribáis nuestros aparatos que vuelan sobre Madrid. Y como ya no pueden bombardear, tiramos con cañones."

Con esto, el diálogo de trincheras a trincheras se terminó por esta noche. ¿Qué se hubiera podido decir a esta respuesta?

Pedro es un combatiente joven de la República. Tiene mujer, joven también, y un niño de dos años, en Madrid. Por mucho tiempo se quedó despierto aquella noche. Había escuchado primero los cañones, y luego las llamadas entre las líneas. Ahora estaba pensando en la respuesta de los fascistas. ¿Querían ellos solamente matar por matar? No. Lo llue ellos quieren es destruir los nervios de los combatientes.

Yo pienso en el mismo: también yo estoy siempre preocupado por familia en Madrid cuando ellos empiezan a bombardear. Pero ¿cómo no ir yo con mucha más precisión al día siguiente?

"No se debe dejar nunca sin respuesta a esta gente", pensaba él. Y se propuso darsela a la noche siguiente.

"Haremos como vosotros: bombardearemos vuestras mujeres y niños en Sevilla y Burgos", les decía.

Al otro día pensó constantemente en su respuesta. Y cuando llegó la noche y sus camaradas empezaban en silencio a envolverse cuidadosamente en sus mantas, de repente, una voz alta y fuerte, sonó en la oscuridad:

"También haremos callar vuestros cañones."

Kurt STERN



Kurt Stern

HOJA SEMANAL DE LA ALIANZA DE INTELLECTUALES ANTIFASCISTAS PARA LA DEFENSA DE LA CULTURA

Ayuntamiento de Madrid

